DANI FERRAIRÓ

EL SUICIDIO DE WILLY MALPICA

BARBA ROSSA BEACH BAR

booket

Dani Ferrairó

El suicidio de Willy Malpica

Barba Rossa Beach Bar

Un caso del inspector Tito Vegas

Planeta

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Dani Ferrairó, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Imagen de la cubierta: © Silas Manhood / Arcangel
Primera edición en Colección Booket: febrero de 2021

Depósito legal: B. 495-2021
ISBN: 978-84-08-23806-5
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

When I was just a baby
my mama told me, "son
always be a good boy,
don't ever play with guns".
But I shot a man in Reno
just to watch him die.

Johnny Cash,
Folsom Prison Blues

Un antro. Un tugurio. Un club de carretera. Un bar frente a la playa con afán de burdel y *boogie woogie* de gasolinera. Un garito con olor a barbacoa y las paredes saturadas de matrículas de la Route 66. Del techo cuelgan guirnaldas, farolillos y luces de colores intermitentes o fundidas. La música suena a todo volumen. Agrede. Todo brilla y resulta decadente o excesivo. Demasiado escándalo, demasiado alcohol, demasiadas peleas. Demasiados agujeros en el suelo. Y honrados delincuentes. Sobre todo. Simpáticos sinvergüenzas. Rostros feroces, barbas grasientas, largas melenas y barrigas sobresalientes. Carne de concierto y borrachera. Un puñado de canallas reunidos en torno a la barra, al calor del grifo de cerveza y la figura de yeso de Lemmy Kilmister. Golfos, macarras, juerguistas, pandilleros. Valientes granujas. Salvajes. Amigos del negocio fácil y la patraña y más peligrosos que un arma de fuego. Hijos todos del *rock'n'roll*. Eso es así. Eso es el Barba Rossa Beach Bar.

El Rasta lo conoce vagamente y por referencias. De oídas. Nunca se hubiera atrevido a venir solo hasta aquí, y si hoy lo ha hecho, ha sido sin explicarse cómo, a la desesperada, en parte a ciegas y siguiendo a la periodista del *Crónica*, Lola Santos: chupa de cuero roja, vaqueros ajustados, botas camperas y el pelo recogido por un lazo de color azul y topos blancos, un poco ladeado sobre la cabeza, que le da

un toque *pin up*. Sutil. Muy medido. Una combinación entre gamberra y finolis que en ella resulta de lo más natural. Conduce una Triumph Bonneville con el asiento volado y alforjas de cuero que ha dejado en la misma puerta, junto a una hilera interminable de motocicletas aparcadas en formación. La idea del Rasta es abordar a la periodista tan pronto como pueda y ponerla al corriente de lo que pasa en la clínica. Y lo más importante: hablarle de Bárbara.

El día que Bárbara murió escaparon por los pelos de Santa Susana. Aquella mañana, lo recuerda muy bien, amaneció gris y desapacible. El viento soplaba con intermitencia y agitaba las ramas de los chopos. Antes de entrar permanecieron inmóviles delante de la clínica: una construcción antigua de remota inspiración modernista, cuatro plantas y azulejos blancos ennegrecidos por la contaminación. Bárbara tenía el pelo húmedo, la mochila con la cámara a la espalda y una sonrisa nerviosa debajo de la nariz. El Rasta fumaba de esa manera suya compulsiva y cada dos por tres consultaba el reloj. Habían quedado con la enfermera a las siete. Bárbara apuntó con la barbilla al cielo nublado y frunció el ceño.

—¿Qué? —dijo él.

—La luz.

—¿No te gusta?

—Será un problema.

El Rasta asintió preocupado y lanzó otra mirada al reloj.

—Vamos —dijo—. Es la hora.

Rodearon el edificio hasta la trasera. La puerta era naranja. Metálica. Una salida de emergencia. El Rasta la golpeó con los nudillos según lo convenido: una, dos, tres veces. La enfermera esperaba al otro lado y abrió enseguida. Los recibió con un dedo en los labios en señal de silencio. Pelirroja, pecosa, nariz respingona. Vestía un pijama sanitario blanco, zuecos y una rebeca azul sin abotonar. En

el pecho llevaba bordadas las siglas de la Clínica Santa Susana con letras rojas demasiado separadas: C S S. Sin mediar palabra la siguieron hasta el subterráneo por la escalera de servicio. La planta entera parecía desierta. Torcieron por un pasillo angosto, con paredes de ladrillo de vidrio y cuartos cerrados a ambos lados. La enfermera se detuvo delante de uno de ellos.

—Es aquí...